

## LA FIESTA CULTURAL DEL DOMINGO

# En el teatro Romea se celebró con gran éxito el Certamen organizado por la Asociación de Estudiantes

## Don Ramón Pérez de Ayala glorió primorosamente las bellezas de Murcia

### Aspecto del Teatro

El pasado domingo se celebró en nuestro primer coliseo el Certamen literario musical organizado por la Asociación Profesional de Estudiantes de Comercio de esta capital y la Federación Murciana de Estudiantes.

La sala del teatro ofrecía un brillante aspecto, estando bellísimamente adornada con flores naturales.

Bellísimas mujeres de la buena sociedad murciana ocuparon las localidades principales, dando con su encantadora belleza realce a este hermoso acto.

Después de ejecutar la banda del Regimiento de Sevilla la bonita composición musical «Sitios reales» se alzó el telón y comenzó el acto.

### Los que ocuparon la presidencia

En el escenario tomaron asiento, todos los elementos de la Comisión organizadora los cuales acompañaban a don Carlos Bosch, secretario del jurado, a la izquierda, y a la derecha el señor alcalde, don José Lostau, don José Viñas, vicerrector de la Universidad, don Emilio Díez de Revenga, don Salvador Martínez-Moya, don Andrés Sobejano, y los señores Villar y Sánchez Ayala.

En lugar aparte se encontraba el mantenedor de la fiesta el ilustre novelista don Ramón Pérez de Ayala.

### La Corte de Amor

A los acordes de una marcha triunfal hizo su entrada en la sala la bellísima señorita María Luisa Gómez-Acebo que daba el brazo al alcalde.

La seguían las encantadoras señoritas Mercedes Pozuelo Barnuevo, Barbarita Ayuso Ayuso, Pepita Hernández Angosto, María Luisa Quercop, Pilar Pastor Sala, Carmen García-Villalba y Carles, Socorro Salas Rubio Emilia Jiménez Belmar, todas elegantísimas.

La aparición de estas lindas señoritas fué acogida con una calurosa ovación.

### El acto del Jurado

Don Carlos Bosch leyó el acta del jurado, que estaba compuesta por los señores don Wenceslao Fernández Flores, don Eduardo Marquina y don Carlos Bosch, secretario.

El resultado del fallo es el siguiente:

Premio de honor, señor López Mateo. Accésit, don Antonio Ríos. Tema 2.º, don Agustín Iniesta. Accésit, don Mariano Lorente. Tema 3.º, don José Molina. Tema 4.º, señorita Carmen Conde. Accésit, don Miguel de Castro. Tema 5.º, don José Alemán. Tema 6.º, don Emilio Castaño. Tema 6.º, don José de Villavieja y Tema 8.º, don Agustín N...

### Unas cuartillas del presidente y la canción de Ardavin y Alonso

El presidente de la comisión don Mariano Izquierdo Manresa, dió lectura a unas cuartillas explicando el motivo del acto.

Seguidamente el barítono don Jesús Gómez, acompañado al piano por el señor Massotti cantó el inspirado poema musical de los señores Alonso y Ardavin «Pajarico Triguero», siendo muy acertada su interpretación por parte de aquel.

### Las cuartillas de don Jacinto Benavente

Don Rafael García leyó las siguientes cuartillas de don Jacinto Benavente:

«Achaques, natural comitiva de los años, me han impedido asistir personalmente a esta Fiesta de Juventud y de Arte, pero no quiero que falte en ella mi saludo a los Estudiantes de Murcia y a esta hermosa Ciudad, para mi tan querida, con amor enlazada

a todos mis recuerdos de niño.

Y ahora, después de mi saludo, ¿qué palabras puede traer de la desengañada experiencia de un viejo, propias de una Fiesta en que solo palabras de juvenil ilusión y esperanza deben oírse? ¿Consejos? ¡Dios me libre! Nada más enfadoso que los consejos. ¿Lisonjas y adulaciones? Menos.

Digase lo que se quiera y a pesar del socorrido tópico, de que el Mundo ha padecido un gran trastorno después de la Gran Guerra, la verdad para los que hemos vivido ya mucho y por lo mismo abarcamos más amplia perspectiva, es, que el Mundo no ha cambiado tanto como parece, si solo a lo superficial se atiende. ¡Ojalá hubiera cambiado mucho! ¡Ojalá cambiara más y más de prisa!

Estudiantes de España, vosotros sois su porvenir y su esperanza. Pero, tened en cuenta que solo son eficaces las revoluciones espirituales, las de dentro a fuera, no las que solo cambian apariencias sin modificar nada esencial en costumbre ni en leyes.

No es en bullangas callejeras donde ha de encontrarse nada fundamental ni duradero. En el laboratorio del hombre de ciencia, en la biblioteca del estudioso, en el taller y en la fábrica, y sobre todo en la meditación augusta del pensador, frente a frente su espíritu con el espíritu del Universo todo, es donde se elabora, se crea, se revoluciona: sin gritos, sin programas, sin palabrería.

Todas las palabras de Jesús, en que pequeños libros quedaron: Pero toda su vida fué palabra de luz, y ella sola bastó a revolucionar el Mundo. Y el silencio de los Santos y de sabios, será siempre más eficaz que toda la palabrería de los fatuos y vocingleros por muy elocuentes que sean.

Estudiantes de Murcia, juventud de España, cuando yo era muchacho y estudiante como vosotros, huí siempre de los tumultos estudiantiles. Dejaba a mis compañeros que gritaran: ¡Viva esto! ¡Viva lo otro! Yo y yo, muy contento, porque en aquellos días de agitación escolar — como dicen los comunicados oficiales — no se entraba en clase, me iba a pasear al Retiro o a la Moncloa....

Pues bien, de todos aquellos compañeros de los gritos, no he sabido que en su vida hayan revolucionado nada. El único que, claro es en cosas de poca importancia, en el teatro, el único que ha revolucionado algo, he sido yo; porque este viejo, del que ahora se reírán muchos jóvenes, — y yo lo celebro, porque es la mejor señal de que son jóvenes — este escritor, hoy anticuado y rancio, fué algún día señor de vanguardia, y que en aquellos años costaba mayor trabajo ser escritor de vanguardia que ahora....

Pero sin falsa modestia por mi parte, habéis de concederme, que de las antiguas pleceitas del Teatro de Lara a «Los intereses creados», hay mayor distancia que de «La noche iluminada» a «Los medios seres». ¡Y han pasado cuarenta años!

Y basta de vejez impropia de esta Fiesta de Juventud, tan generosa, que tuvo un cariñoso recuerdo para mí al invitarme; y a esa cariñosa invitación he querido corresponder con mi saludo.

### Imposición de la medalla al Sr. Lostau

Seguidamente se llevó a efecto la imposición de la medalla de oro de la Federación murciana a su presidente honorario don José Lostau.

El señor Sánchez Ayala dió lectura a unas cuartillas elogiando la labor que realizó el señor Lostau como catedrático y como rector de la Universidad.

Entre una clamorosa ova-

ción se le impuso la medalla.

El señor Lostau pronunció las siguientes frases:

No es ésta la primera vez que recibo muestras de cariño de los estudiantes. Hace unos dos años, en una fiesta semejante a esta, recibí una prueba que alcanzaba a todo el profesorado, a cuyo frente estaba.

Hoy, aunque mi situación es otra, no puedo creer que este homenaje vaya únicamente dirigido a mí, sino más bien a todo el profesorado de todos los Centros y grados de enseñanza, que sienten profundamente la misión que tienen encomendada.

Porque estos profesores no olvidan los principios que son la base sobre los que se sostiene la civilización. Palabras que tienen una significación complementaria y ligadas una a otra con íntima trabazón.

Y para terminar, solo os diré que así como hasta hoy he lucido con orgullo, y creo que con dignidad, la insignia de catedrático de la Universidad española, de hoy en adelante luciré no con mayor orgullo pero sí con más satisfacción esta medalla que acababan de imponerme los estudiantes.

Al terminar el señor Lostau fué ovacionadísimo.

### Un concierto y una bella poesía de Marquina

Los eminentes artistas que pertenecen a la orquesta Filarmónica, los señores Castillo y Hernández, pianista y violinista, respectivamente, ejecutaron, con un dominio absoluto, la «Reverie», de Schumann, «serenata», de Schubert, «La danza del fuego», de Falla, el «Vals en mi mayor», de Chopin, y la «Rapsodia número 6», de Liszt.

Los artistas fueron aplaudidísimos.

El señor Sobejano dió lectura a una bella composición de Eduardo Marquina.

Esta la publicaremos en nuestra próxima edición.

Uno de los elementos de la Comisión manifestó que don Gregorio Marañón no había podido enviar las cuartillas que ofreció, por tener que marchar a Granada.

### Discurso del señor Pérez de Ayala

Ante una gran expectación levantose don Ramón Pérez de Ayala siendo saludado por el público con una gran ovación que duró largo rato.

Hecho el silencio, la lectura a su disertación.

Excusa su presencia en este acto. Dice que ocupa un puesto que no le estaba designado, ya que se había escogido a una persona que atrae hacia sí el sufragio universal de la simpatía, la admiración y el respeto; el doctor Marañón. Por ser tan amigos, quizá pensasteis en mí. Grande debe ser vuestra contrariedad y no es menor la mía, pero mayor que estas es la del doctor Marañón. Y este sentimiento me ha hecho emisario cerca de vosotros, con la comisión de que os exprese su cariño y su añoranza por no hallarse aquí.

En su compañía hace tres años que vine a Murcia. Desde entonces he vuelto muchas veces, pero no me visteis porque eran viajes en espíritu. Verdad que este es el turismo de más lujo y más placer. En reciprocidad, durante esos tres años Murcia ha acudido a menudo a visitar mi imaginación con el hechizo de luz, policromía y perfume. La claridad y el aroma de Murcia es como el almizcle de pertinaz y duradera.

No necesito recordar mi primer viaje a Murcia. Vine por carretera. Ir en tren, y más si es de noche, no se puede decir propiamente viajar. Así viajan las mercancías, o mejor dicho, no viajan, sino que son trasladadas desde el lugar de producción al lugar de consumo. Viajar, la misma palabra lo declara,

es hacer vía, recorrer camino, pero libremente, así en la elección del derrotero como en la distribución de la jornada.

Es común entre todos los pueblos y edades la comparación y semblanza entre vivir y viajar. Berceo, condenado esta idea en una locución humilde «somos romeros, que camino andamos». Y Dante comienza su Divina Comedia diciendo «en mitad del camino de mi vida». Viajar es la perfecta imagen de la vida.

Quisiéramos llegar, pero a la vez nos damos cuenta de que en llegando ha concluido el viaje. Quisiéramos que nunca concluyese, pero a la vez nos damos cuenta de que nunca llegaríamos y carecería de finalidad. Otro tanto ocurre con el viaje de la vida.

No menos importante para alcanzar las cosas es el cómo las hemos alcanzado. Y no lo es menos el camino que nos condujo a ellas. El vivir como el viajar es un proceso, cuyos dos elementos son la continuidad y la sorpresa o, en otras palabras, la permanencia y el cambio.

Por estas razones que juzgo bastante suorias y prácticas acostumbrar viajar en automóvil, cuando la ocasión se me depara, con propósito de recorrer, ver y conocer directamente toda España, en sus dos elementos vitales de continuidad y sorpresa. He visto y conocido en mis viajes cómo España, a pesar de su inmutabilidad, de su fidelidad para consigo misma, está en periodo de cambio, crecimiento y progreso, aunque por indiferencia e ignorancia se le moteje de quietismo e indiferencia. Hay que fijar los ojos en la juventud. Esta es primavera de las naciones. Lo que acontece es que España no se atropella. Lleva en los redones un fuerte motor pero lleva también un fuerte freno en su carácter que se define por la conservación de lo pasado.

Como español así vivo y así viajo, usando del tiempo a la par que el tiempo me desusa, tomándolo de colaborador en vez de enemigo y teniendo siempre presente aquella sentencia de un rey de España: el tiempo y yo contra otros dos. Así vine por vez primera a Murcia, en primavera, cuando el tiempo en un verdadero sentido de duración, comienza a ser colaborador de la luz y adversario de la tiniebla. Vine no solo gozando de la esperanza de llegar, sino también de la realidad de ir llegando.

Primero la plana manchega, el alto altar donde Cervantes, oficiando un rito nacional y castellano, dió al mundo un símbolo universal. Allí, en el centro físico y espiritual de aquel horizonte perfecto se comprende como don Quijote y Sancho no pudieron ser concebidos sino en la matriz de la Mancha y del Ayuntamiento entre el cielo desnudo y la tierra desnuda.

Sancho se alimentaba habitualmente de pan y vino. Eso da la tierra manchega: trigo y vid. pero pan y vino no son solo alimentos materiales, sino también del espíritu: son los corporales de la eucaristía.

Más adelante, hacia el Mediodía, comienza el reinado del olivo, el árbol helénico, dilecto y emblemático de las Ateneas, diosa de la subiduría y rectora de las vigiliat meditativas porque es el único árbol cuyo fruto sirve para dar luz. El fruto intelectual del olivo es la lámpara, y el signo de sapiencia y prudencia, la lámpara encendida.

España es más helénica aun por tres rasgos distintos del carácter, comunes entre griegos y españoles: la propensión a la disidencia mutua, el prurito y el regodeo en maldecir, hablar mal de la propia patria y el último, el más grave, merece que me detenga con mayor detalle. En los epitafios, en la redacción que aun se conserva de

insignes varones griegos se viene a decir en casi todos ellos que la patria fué ingrata, que los ciudadanos no supieron servirle de él, que vivió y murió en el ostracismo.

No diré yo que España haya impuesto pena capital a sus hombres más buenos, más sabios y más justos, pero sí que los sacrificó, en general, imponiéndoles el ostracismo. En otras palabras, que los hombres mejores rara vez han intervenido en la liberación aulica ni en el destino oficial de España. Esto ha ocurrido así por culpa del Estado casi siempre, pero el pueblo no está exento de culpa. Las ingentes figuras procreantes de España, en todos los órdenes, en el de la acción como en el del espíritu, fueron por lo regular ciudadanos particulares y hubieron de llevar a cabo sus hazañas por cuenta propia, y en ocasiones en franco ostracismo por parte del pueblo.

El Cid, que salva a España y quizá a Europa, para la cultura occidental. Cervantes, que redacta una segunda Biblia. El primero fué desterrado y perseguido por su rey. El segundo, según la leyenda no tenía que comer la noche que dió fin a su ingenioso Hidalgo. Y no es lo peor la falta de pan comestible, sino el abandono, el ostracismo, ausencia de comunión con los ciudadanos.

Los griegos eran envidiosos. Más aún, glorificaban la envidia, y le rendían culto externo. ¿Somos así los españoles? El querido y respetado Unamuno sostiene que sí y añade que la envidia es el cáncer nacional. Prefiero creer, más que en la envidia, en que España ha padecido y aun padece, de invidencia. El problema consiste en abrirle a España los ojos. Y no es otra la obligación moral de los hombres mejores.

Después de la zona helénica, pródiga de aceite, que además la luz es mantenimiento y unción y suavidad en la energía, se nos presenta el páramo, ese epítome del desierto. El páramo es una gestión mística. Así el páramo yermo nos prepara espiritualmente para el advenimiento de la gran visión, maravillosa y extática de los divinos jardines de Murcia.

De Archena a la ciudad de Murcia se prolonga el paraíso, un paraíso que vosotros plantáis y manteneis día por día, en superlativo esplendor. He aquí como llegué por primera vez a Murcia, haciendo camino, viviendo; y por lo tanto, desde entonces, Murcia forma parte de mi vida. Pero la vida se va desarrollando en una doble función. De un lado, la vida es sin cesar fecundidad y en cuanto pierde esta aptitud ya no es vida. Por otro lado, la vida es un camino. Los vi...

La primera parte se ha cumplido en mí. No sé si acertaré a cumplir la segunda. Mi sentimiento es la palabra, os doy la que tengo, un as cuantas emociones, ideas y palabras, la mayor parte de ellas concebidas al contacto deleitoso y fecundo con Murcia, región, y con Murcia, la ciudad en cuyo escudo campean siete coronas. Vuestra soberanía heráldica es una soberanía heptagonal.

Esas siete coronas de que os enorgulleceis, no basta que campeen en el escudo, debéis ceñirlas al alma. De ellas, dos, os las han concedido pródigamente los dioses propicios. La primera corona que nunca os será arrebatada es la de la belleza. Cuantos extranjeros llegaron hasta aquí hubieron al punto de quedar suspendidos ante tantas hermosuras. Los cartagineses compararon Murcia con Sicilia, el pensil dórico, de la isla dilecta de los griegos. Los árabes apellidaron a Murcia El Bostan, que significa jardín, y también Mirs, nombre árabe de Egipto. Pero este parangón con el valle del Nilo prolífico ya co-

rresponde a la segunda soberanía, cuya corona representa la riqueza.

Un viajero inglés de principios del siglo pasado, ha nada complaciente para los murcianos, opina que la gente del campo es, alternativamente, holgazana y laboriosa. El mero espectáculo de la huerta murciana nos persuade de la falsedad actual de aquel juicio. Si es indispensable la riqueza natural, no lo es menos la diligencia del murciano recompensada con el bienestar. Y ya estamos fronterizos con los dominios de la soberanía voluntaria, pues cae bajo ella el amor al trabajo.

La tercera corona es la cultura. Este es trabajo más dificultoso que el corporal y peor recompensado, cuando menos para el trabajador, pero esto mismo lo sublima porque es desinteresado. En la historia no se le concede a Murcia fama de muy inclinada a las letras. Rechazo por injusta esta difamación o fama equívoca. Es suficiente recordar dos nombres, entre otros: Cascales, el gran humanista y Saavedra Fajardo, el primer tratadista español.

Alfonso, el sabio, en su testamento dejó como legado, sus instintos al deán y cabildo de Murcia. Dádiva sorprendente, pero saturada de intencionalidad entrañable como enlazada en las propias entrañas de tan sabio rey. Vuelvo a recordar el proverbio de Sancho: Tripas llevan corazón. Ahora bien; en la edad de Alfonso se consideraba el corazón como la sede del alma y por tanto de la memoria. De un hombre que sabía tres lenguas, se decía que tenía tres corazones, esto es, que tenía tres almas. Y puesto que tripas llevan corazón y el adiestramiento del alma requiere de antemano la satisfacción de las entrañas, el rey sabio os quiso dar a entender que, más que ningún otro, estáis en la obligación de ceñir a vuestra alma la corona de la cultura.

La cuarta corona es la de la independencia. El español es independiente irreductible por temperamento sustantivo. En esto el murciano quizá saca ventaja al resto de sus compatriotas. Vuestro valor y espíritu de independencia son legendarios. Los franceses no consiguieron domarnos. Pero el extremo de espíritu de independencia sería nocivo y ha de estimarse vilando si no va acompañado del espíritu de solidaridad. Solo el derecho hace a los hombres solidarios, unos con otros. El derecho es el camino más corto de hombre a hombre, por eso en todas las hablas se designa con el mismo vocablo: derecho. Por el derecho los hombres hacen comunidad.

E insensiblemente nos hemos trasladado al imperio de la quinta corona, la de la justicia. Los murcianos tenéis nombrada, no sé si bien fundada, de vengativos. La venganza implica un hondo sentimiento jurídico; es la justicia que uno se toma por la mano, la ejecuta en Mecca, la de Fuenteovejuna y la del alcalde Zalamea. Pero la justicia es acción bienhechora y aspira a ser serena e impersonal.

Hemos de entender, por ende, la justicia como lo más derecho, lo más derecho como castigo legal y el castigo como depuración, mejora infatigable estímulo de progreso. A esta región los latinos la llamaron *campus spartanus*, terreno de esparto.

El nombre de esparto es griego, los latinos la tradujeron *consereie*, junlar, reunir, ordenar, y no otra es la misión de la justicia. El esparto es el acero vegetal; sirve de atadura, como atadura es el derecho; puede servir de látigo, como de látigo puede servir la justicia; y sirve por la industria infinita de la inteligencia humana, para fabricar papel, donde la majestad de la ley conste paladidamente. En definitiva, la vigencia

de la justicia no puede separarse de la exigencia de responsabilidad.

Solo en un caso es admisible que la colectividad ejerza una acción vengativa, cuando no se le hace justicia. Y este sería caso de salud pública, ya que no un pueblo vive de la justicia y por la injusticia perece.

Y la sexta y séptima coronas son la libertad y el amor. Todas las otras soberanías, belleza, riqueza, cultura, independencia y justicia, sin libertad se degradan o son nulas. La libertad por sí sola compensa todos los bienes deficientes.

Hasta que no se obtiene no se vive realmente, no se hace camino, no se progresa.

Insensiblemente, casi sin echarlo de ver, advierto que se va cerrando sobre sí el viaje circular de mi disertación y me aproximo al punto de donde salí: la idea y el hecho de que vivir es hacer vía, viajar. Si he de cerrar lógica y efectivamente este círculo, fuerza es que repita algo de lo que comencé diciendo. Me dirijo con preferencia a los mozos, que se hallan en las etapas primizas del viaje de la vida. Vivir y viajar no es dejarse ir, sino proceder libremente.

Sirvaos de brújula en concepto previo e indestructible de que los dos factores de la vida son la permanencia y el cambio, la continuidad y la sorpresa; y de esta suerte jamás sufrireis desilusión.

Está en boga lisonjear descomunadamente a la juventud. A mis años desconozco el diccionario de la lisonja. Por suparte la juventud intoxicada y ofuscada con tanto incienso ha adoptado ante la vida, una postura insólita e inaudita en toda la historia precedente. Se pretende sentar la doctrina de que la juventud es la suma de todas las virtudes y la edad madura o senescente muestrario de toda inutilidad.

Cuando Pitt hacía su primera campaña parlamentaria un viejo político le motejó de joven, a lo cual Pitt replicó: «confieso el crimen atroz de ser joven, pero espero que de este vicio me irá corrigiendo día por día». Prudente respuesta. Entre que la juventud sea un defecto y vicio, que por sí propio, se ha de corregir, o que sea virtud única y vida que necesariamente está predestinada a desgastarse, me parece preferible y más saludable lo primero.

De ahí ese criterio peligrosísimo de que la juventud está exenta de responsabilidad, puesto que ella no ha fabricado el mundo tal como está. Limitado es el perímetro de la esperanza; incalculables e infinitas las exigencias que giramos contra ella como una letra de cambio.

La juventud es la esperanza; la ancianidad es el recuerdo.

La genuina juventud está en razón directa con el mayor número de obligaciones a que se siente capaz de responder y que ella conscientemente a sí propia se impone. En tal sentido, un hombre de más de sesenta años puede ser más joven, que muchos jóvenes de veinte años; que no es solo juventud la fisiológica. Y sin embargo la juventud no tiene sino un derecho, que también corresponde a los viejos: el de aprender o seguir el camino de la vida libremente. Lo cual lo lograrán siguiéndolo al par con «infecto de amores», amorosamente, amando para comprender.

(Continúa en 4.ª plana)

EN 2.ª PLANA

Crónica barcelonesa

La fiesta nacional. Novilladas en Madrid

Al margen de los libros nuevos en Madrid. El Real Madrid derrotado al Barcelona F. C. cinco tantos a uno

NOTICIAS Y DIVERSAS INFORMACIONES

